

Paisajes urbanos y ciudad

Felipe Heredia-Alba*

Introducción

Los impactos y procesos urbanos que la globalización (modelo económico) y la posmodernidad (modelo cultural) han desencadenado actualmente sobre el territorio urbano y la ciudad, han establecido cambios relevantes tanto en el ámbito de las prácticas culturales como en la percepción, la significación y re-valoración de los espacios urbanos de la ciudad. Transformaciones determinadas por un contexto global donde la des-localización industrial y la tercerización económica han afectado el territorio y los paisajes urbanos, para ser re-codificados y reciclados por la industria del turismo.

No se dejan, sin embargo, de lado otros fenómenos contemporáneos que caracterizan a la época actual (2015) en la ciudad y que articulan otros procesos urbanos como la re-densificación y gentrificación urbana, el reciclamiento de espacios industriales, la conformación de nuevas centralidades urbanas, la privatización del ámbito de la dimensión pública, del incremento inusitado de la violencia y la inseguridad social, así como los diversos procesos que inciden y tienen impacto en la calidad de vida de la urbe, como el deterioro ambiental y la degradación urbana de la ciudad, entre otros. Es decir, país y ciudad viven un proceso de agotamiento del viejo modelo *fordista*, heredado del periodo de posguerra, proceso en el que se incorporan o introducen nuevos órdenes que dialogan e interactúan con el anterior,

haciendo de la urbe una entidad cada vez más compleja y diversa en cuanto a su aprensión cognoscitiva.

Así, la posmodernidad y la globalización son modelos que desorganizan los procesos y dinámicas de la sociedad, transformando y diluyendo los antiguos paisajes industriales y familiares que la primera modernidad heredó.

Uno de los factores causales que ha tenido una importancia destacada en la reconfiguración y re-significación del espacio urbano en la ciudad, ha sido el turismo global, entendido como un fenómeno histórico y social de gran impacto cultural. El turismo ha incidido significativamente en la estructura urbana de las ciudades (y puertos), flexibilizándola con la introducción de nuevos modelos de planeación urbana, menos rígidos y/o desregulados.

Los efectos de este proceso de cambio global están relacionados actualmente, en la ciudad, con la construcción de un modelo más operativo y flexible llamado "ciudad compacta" (GDF), modelo opuesto al actual (disperso), que aspira a tener un mayor control sobre su territorio y dinámicas urbanas (desiguales y fragmentarias), es decir, un nuevo intento por renovar y modernizar la infraestructura vial con vistas al turismo, con la introducción de nuevos espacios y circuitos de comunicación y movilidad urbana.

El modelo de "ciudad compacta" actualmente propuesto, está apoyado en diversas estrategias políticas como la



Felipe Heredia-Alba

Profesor e investigador de la ESIA Tecamachalco.

Maestro en Antropología Social con la tesis "Cultura urbana y entretenimiento en la plaza Garibaldi del Centro Histórico de la Ciudad de México". Desde el 2006 ha participado en diversos proyectos de investigación en la Sección de Estudios de Posgrado e Investigación de la ESIA Tecamachalco, entre los que destacan: "Estudio diagnóstico del barrio de la Merced", y "Escenópolis y la urbanización impulsada por las artes".

Fue Jefe del Departamento de Formación y Capacitación de la Dirección de Patrimonio Mundial, INAH. Actualmente imparte clases en la licenciatura y el posgrado de la ESIA Tecamachalco.

Correo electrónico: antropfheredia@hotmail.com

movilidad urbana, el reciclamiento de vacíos industriales, la museificación de aéreas patrimoniales, así como el rescate "alternativo" de los diversos entornos y paisajes culturales en la ciudad, con una débil revaloración turística de los pueblos y barrios originarios de la ciudad, bajo el entendido, supongamos, de que dicha política de re-valoración cultural del GDF, se puede explicar sólo a partir de su inserción en el circuito global del turismo con la pérdida gradual de la identidad histórica de la ciudad, ante el arribo de nuevos símbolos y tradiciones culturales de la nueva modernidad.

Los paisajes culturales se presentan, entonces, como un constructo social, histórico e identitario que resguarda un conjunto de valores sociales (y simbólicos), que atañen a los ciudadanos y a las prácticas locales de sus actores, como las fiestas y carnavales. Entonces, los paisajes son construcciones sociales que re-presentan a la sociedad, una especie de "ancla" socio-territorial que dota de sentido a la ciudad.

Pero muchos de estos paisajes urbanos que se materializan en prácticas festivas o sociales colectivas se presentan (como en el caso de la religión) en paisajes con una fuerte carga simbólica y liminar, dado que se realizan casi siempre en espacios y tiempos determinados. Los paisajes, entonces, materializan deseos y emociones sociales que armonizan temporalmente formas de experimentar y percibir la ciudad, porque los paisajes condensan intereses y transforman el tiempo real.

Los paisajes de carácter popular y patrimonial (como las congregaciones festivas) se construyen y de-construyen a partir de prácticas y son un legado histórico-cultural transferible al grupo y a la ciudad; generalmente son construcciones sociales cruzadas por tradiciones y costumbres que funcionan como un dispositivo de cohesión y organización social.

Finalmente, el paisaje en la mayoría de casos es visto como una imagen metonímica ampliada de un área que es estéticamente, indiferente a la percepción histórica de sus habitantes. Sin embargo, los paisajes son diversos y surgen de manera dispersa y cotidiana, pero sólo a partir del modelo y el método con el que se estudian, y como un efecto de la apropiación espacial que los actores mantienen simbólicamente con el medio. El siguiente texto tiene como objetivo principal reflexionar en general sobre los procesos de construcción de los paisajes urbanos en la ciudad.

Referentes conceptuales

Los constantes procesos de cambio y modernización urbana, ligados a los procesos de globalización e inserción en las redes de intercambio mundial (económicos, financieros o culturales), han incidido en la alteración del territorio y sus paisajes. Paisaje y territorio, en esta relación, forman entonces un *continuum* autónomo e independiente donde quedan afectados mutuamente. Por tanto, al ser el territorio un espacio vivido, los paisajes no son más que una expresión o resultado de estas relaciones de apropiación y representación colectiva.

La ciudad difusa y policéntrica, en su dinámica expansiva y fragmentaria, transforma los paisajes urbanos, los de-construye y recicla con otros símbolos y referentes que la nueva condición moderna requiere. Como dice Margulis, "... configuraciones urbanas que han persistido que han sobrevivido al paso del tiempo y conservado sus rasgos materiales van adquiriendo, sin embargo, una nueva significación" (2002: 520).

El turismo, bajo estas condiciones, es sólo un factor causal y estructurante de innumerables cambios que la estruc-



Calle San Jerónimo.
Fotografías. Claudia Berenice Cázares-Castillo



Calle San Jerónimo.

turación de la ciudad tradicional (moderna e industrial) ha experimentado durante los últimos diez años.

Otros de los fenómenos que han afectado la condición territorial de la ciudad y que están relacionados con procesos de cambio son la gentrificación de áreas urbanas (colonias, zonas industriales, etc.), la proliferación (dispersa) de nuevos centros y núcleos de vivienda y comercio, la turistización de las áreas patrimoniales y barriales con la consecuente museificación y mercantilización del patrimonio histórico y la resignificación de los antiguos espacios de convivencia popular, como la Alameda, Garibaldi, Tlaxcoque o el monumento a la Revolución, etc.

Por otro lado tenemos, tras las intervenciones urbanas, el abandono de los valores históricos de los espacios, sin dejar de lado las nuevas políticas de intervención sobre movilidad y la compactación urbana (peatonalización), cuyo mayor beneficiario ha sido el turismo. En resumen, tenemos áreas en la ciudad que por esta condición moderna de cambio experimentan impactos diferenciados en su territorio y paisajes, modificando sus dinámicas, prácticas y las representaciones sociales que de él hacen los ciudadanos.

Paisaje y turismo

El turismo es entendido en este texto, no como una práctica individual, sino como un fenómeno sociohistórico complejo, mejor comprendido si se liga con los efectos socioculturales que tienen sobre el territorio y el paisaje urbano, así como su estrecha relación que mantiene con el tiempo libre, los imaginarios y las formas de entretenimiento en la ciudad, elementos poco estudiados y que eventualmente aparecen en algunos textos sin hacer claras las implicaciones de dichos procesos en la percepción del tiempo y espacio y en

los procesos de apropiación y representaciones simbólica de la ciudad.

El enfoque cultural del turismo aquí propuesto implica abordarlo no sólo como una práctica individual o colectiva, sino también como una institución social, dado que sus políticas y reglas establecen cambios en los órdenes (sociales, culturales y urbanos) que llevan implícitos dichos impactos.

Desde una visión distinta a la tradicional (económica, financiera), Hunziker-Kurt Krapf (1941)¹ definió al turismo como un “conjunto de relaciones y fenómenos producidos por el desplazamiento y permanencia de personas fuera de su domicilio, en tanto que dichos desplazamientos y permanencias no están motivados por una actividad lucrativa”. (2010: 633), sino de entretenimiento.

Sin embargo, el concepto de “lo cultural” en la práctica turística está fuertemente vinculada a la idea de “patrimonio”, entendido tentativamente como el uso o posesión de los bienes producidos como consecuencia de estos procesos “culturales” (NA y A). Lo anterior no puede comprenderse si no se considera que el impacto del turismo forma “parte de los procesos que contribuyen a la construcción, deconstrucción y modificación continua de esa red de significaciones que solemos denominar “cultura”. De esta forma el turismo cultural, “en cuanto proceso histórico y social, constituye relaciones de poder que se hacen visibles en los discursos y prácticas de los interactuantes influyendo en sus formas de acercarse al otro cultural” (NA y A). Desde este punto de vista, la cita apuesta a mirar al turismo como un factor de cambio y de interrelación cultural e identitaria que trae con-



¹ Una de las primeras definiciones modernas al respecto, desde una perspectiva fenoménica, fue la propuesta de Walter Hunziker-Kurt Krapf cuando funda en Suiza el *Instituto de Investigaciones Turísticas* en la Universidad de St. Gallen y Berna.



Calle San Jerónimo



Calle Regina

sigio efectos diversos en las identidades sociales y en el espacio urbano de la ciudad, pero también lo entendemos como un fenómeno global que alienta la fragmentación y dispersión urbana.

Adame (2011) en su texto, al profundizar en los impactos que genera el turismo, considera que éstos son un “conjunto de transacciones, interacciones, cruces o encuentros que involucran varios factores económicos, políticos y socioculturales en un proceso entre grupos y personas que se ubican en distintos niveles sociales y papeles funcional-estructurales a partir de su condición de visitantes-huéspedes o de receptores-anfitriones, en un escenario en que intervienen dispositivos y redes de negociaciones y de negocios turísticos” (2011: 15). El turismo aparece como una red que articula prácticas con espacios, códigos y órdenes diversos, complejizando las relaciones de los habitantes con su entorno con un escenario que ha sido vaciado de su historia real, banalizado y festivalizando sus contenidos.

Por su parte Delgado, en su crítica al llamado *turismo cultural*, considera a éste como “una colosal maquinaria de tematizar, que convierte esta ciudad en una especie de parque de atracciones en torno a ciertos elementos del paisaje que se consideran potentes y a los que se invita a atender como si uno fuera un turista, tanto si se viene de afuera como si no, puesto que aquí la gracia está en que no se “turistiza” al turista, sino que se “turistiza” a cualquier viandante, incluyendo al propio ciudadano” (2006). Es un proceso durante el cual las industrias culturales y turísticas vacían la memoria colectiva, la deforman y la remplazan con otras formas de significación y representación, con un producto lejano a su realidad.

Dado su carácter liminar y comercial, el turismo construye y deconstruye a placer los paisajes e imágenes que sir-

ven sólo para una determinada oferta cultural o causa, los convierte en productos efímeros, pues no responden directamente con el imaginario ni con las prácticas de sus pobladores originarios. Es una suerte de simulación donde se recrean imágenes vacías ahistóricas e hiperreales.

Sin embargo, en oposición a este tipo de paisajes ahistóricos e hiperreales que la industria cultural del turismo alienta y promueve, están los paisajes populares, es decir, aquellas construcciones sociales y cotidianas que sirven como un referente histórico y urbano, que tienen un carácter discursivo (espacialmente), y que son parte de la vida cotidiana y del tiempo libre. Muchos de estos paisajes están relacionados e instituidos con prácticas que reproducen los ritos anuales festivos de la ciudad, convertidos por su significación en símbolos urbanos que fungen como reguladores de la vida social.

Como mencionamos finalmente, los paisajes urbanos no sólo remiten a las distintas estrategias (urbanas) como la arquitectura, que otorga carácter y representación al territorio siguiendo formas y diseños particulares, sino que remiten a las prácticas sociales particulares que subvierten y modelan el orden espacial alterando las continuidades urbanas. La práctica del turismo, por sus necesidades de generar nuevas ofertas, flexibiliza y altera la estructura física y simbólica de la ciudad, convirtiéndola en un gran paisaje y escenario festivo.

Paisaje y patrimonio cultural

El patrimonio cultural (simbólico e inmaterial), viene de la mano de la categoría de paisaje e identidad socioterritorial (como lugar), como una relación estrecha e históricamente determinada.



Monumento a la Revolución.



Alameda Central.

La práctica turística, en general, no puede concurrir a nuevos escenarios sin la explotación de manera persistente del ámbito local (espacial) y de los valores (históricos y culturales) integrados territorialmente a zonas y áreas específicas de la ciudad. En este sentido el patrimonio, más que referir a la transferencia de un bien material, refiere a la transferencia inmaterial del conjunto de valores y símbolos que dichos espacios concentran y representan; es decir, es una herencia cultural intangible que incluye a los mismos espacios barriales como custodios de los bienes de la localidad. Dicho sea de paso, el patrimonio representa "la síntesis simbólica de los valores de una sociedad que los reconoce como propios, ello implica un proceso de reconocimiento, generalmente intergeneracional, de unos elementos como parte del bagaje cultural y su vinculación a un sentimiento de grupo" (Genis: 33). La herencia implica, el reconocimiento (y un refrendo cíclico) intergeneracional de los valores patrimoniales, transfiriendo a la generación posterior los códigos y las pautas de interpretación; en este sentido, los refrendos son procesos regulares de carácter espacial y temporal (liminar). Porque como dice Choay, "el patrimonio histórico y las conductas asociadas a éste se encuentran inmersos en estratos de significaciones cuyas ambigüedades y contradicciones articulan y desarticulan dos mundos y dos visiones el mundo" (2007: 7). El patrimonio, entonces, genera colectivamente un sentido de pertenencia cultural, un espacio donde pasado y presente dialogan pero es sólo a través del discurso como transfiere sus intereses y representaciones, "para quién lee y recibe sus mensajes, el monumento, asegura, da confianza, tranquiliza al conjurar el ser del tiempo. Garante de los orígenes, el monumento calma la inquietud que genera la incertidumbre de los comienzos" y precisa la autora que, "esta manera de relacionarse con el

tiempo vivido y con la memoria... constituye precisamente la esencia del monumento" (2007: 13).

En este sentido el paisaje (como conjunto) funge como un custodio de los valores históricos y de las re-presentaciones colectivas que pretenden ser heredadas y transmitidas en forma de símbolos y prácticas, en este sentido, el paisaje representa un espacio territorial, vivido e invadido por sentimientos y emociones que lo convierten en un lugar patrimonial.

Paisajes urbanos y populares

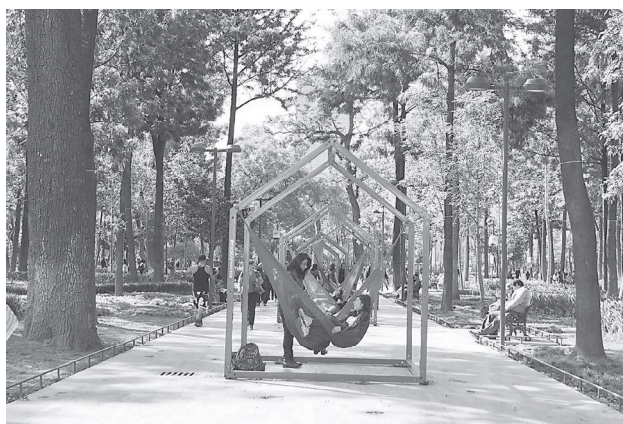
El paisaje popular es un tipo de espacio y de prácticas particulares que se distinguen por su carácter festivo, el arraigo, la masividad y la re-presentación sociohistórica que hacen de ella los grupos para constituirse en un bien o patrimonio cultural de la ciudad, como son el caso de las ferias, las fiestas, los parques zoológicos o los acuáticos.

Por los valores simbólicos que se producen y refrendan temporalmente en estos paisajes (solidaridad, convivencia etc.), se puede argumentar que estos espacios de "sentido" poseen, por su condición de ruptura temporal, cierto grado de *eficacia simbólica*, es decir, que al volcarse sentimientos y demandas en él, estos mismos tienen un efecto positivo en la conducta y las relaciones que mantienen con su entorno, pues en el paisaje mismo se vuelcan todas las esperanzas de la vida real.

En esencia, la popularidad y atractivo de un paisaje popular está definido a partir del uso y la significación colectiva que tiene en el espacio o territorio urbano. Al respecto, Cirese, no define lo popular sólo por la integración diferenciada de actores, sino "como uso y no como origen, como hecho y no como esencia, como posición relacional y no como sustancia" (Cirese, 1979: 5). Sin embargo, lo popular tam-



Calle Madero.



Alameda Central.

bién se distingue por la diferencia o la heterogeneidad de sus actores “cuando corresponde a situaciones históricas y sociales en las que coexisten fenómenos no populares, cultos, aristocráticos, etc.” (Cirese, 1979: 6). Lo anterior no significa que lo popular sea un amasijo abstracto de grupos, sino refiere a una interacción espacial diferenciada, pues no están ahí por diferencias económicas ni sociales, sino para compartir una condición común, haciendo borrosas las marcas y fronteras de pertenencia social.

Por otro lado, la noción de paisaje cultural que utilizamos, si bien tiene una proximidad temática con la tradición que pugna por la conservación del patrimonio histórico y cultural, en particular con dos variantes, uno como “paisaje vivo” y otro como “paisaje asociativo” (ICOMOS-INAH, 2008), en ciertos aspectos está más relacionada con el concepto de *paisaje urbano* acuñado en la geografía urbana y la arquitectura de paisaje (Lynch, 1965, 1976; Tandy, 1970, entre otros), debido a que se vincula más a la percepción y a la experiencia cotidiana de los habitantes (Barabás Alicia, 2009).

Así, y para efectos de este trabajo, debemos entender que los paisajes culturales surgen de la discontinuidad del paisaje urbano (en su expresión física y continuidad urbana) gracias a la identificación de prácticas y apropiaciones particulares cuyo sentido remite a la configuración de redes de sociabilidad que sustentan la condición ciudadana en su dinámica colectiva, la cual se experimenta, tiene lugar, es propia de y se desarrolla en determinados espacios urbanos que identificamos con las categorías de: *pedazo de barrio*, *mancha cultural*, *sendero* y *circuito*, las cuales permiten revalorar el espacio urbano, en su estructura y dinámica sociocultural actual.

En este contexto, inclusive, el territorio puede ser considerado como un paisaje (un bien patrimonial) donde

integra tanto valores históricos como simbólicos, pero como parte de un sistema territorial más amplio, donde tenemos distintas formas de organización y representación espacial, es decir, “como una unidad física específica con características patrimoniales, donde sus elementos no pueden extraerse de forma individualizada sin romper su unidad de conjunto” (Fernández Lara, 2009: 19); una unidad simbólica que posee una estructura social y organizativa, que se refrenda regularmente, a través de una actividad festiva o ritualística.

Otro punto de vista interesante que aporta datos a las formas de re-construir los paisajes culturales es el de la arqueología. Esta nueva visión nos aclara, desde un punto de vista metodológico y conceptual, que el paisaje no refiere exclusivamente a la imagen del lugar, los paisajes son “por lo general independientes de los sujetos que habitan en el paisaje e independientes de los científicos que lo estudian” (Iwaniszewski, 2011: 26). En este sentido, los paisajes pueden ser numerosos y “cambian dependiendo del método de investigación”, es decir, desde la óptica con que se mire una situación determinada: “El paisaje es concebido como algo que es simbólico e imaginario, [pero] tampoco puede verse como una propiedad más del entorno del hombre”, simplemente como él mismo aclara, “es un rasgo que no puede existir sin el trabajo intelectual del hombre” (2011: 27). De igual forma, Vigliani en su artículo dice al respecto que el paisaje es “considerado como el resultado de una interacción dinámica entre la gente y el entorno físico, y marca el desarrollo de definiciones basadas en la unión de las dimensiones físicas, sociales y simbólica” (2011: 41).

Los paisajes culturales, en cada una de sus categorías de análisis y por cuestiones de método, refieren a *prácticas* que se realizan en un *escenario* con *actores* que siguen determi-



Alameda Central ala Norte.



Alameda Central.

nadas reglas. Las prácticas son actividades (comunicativas, lúdicas, recreativas, deportivas, religiosas, económicas, políticas, etc.) que usualmente realizan los ciudadanos, y que abren tiempos diferenciados.

Pero también los paisajes, al emplazarse como núcleos receptores de diálogo y de comunicación, se transforman temporalmente en un escenario o una red interactiva que requiere identificar territorios, espacios, estructuras físicas, signos, marcos, puntos de intersección, vanos, barreras, ambientes y equipamientos.

Los actores, desde este punto de vista, son personas y ciudadanos que aportan, en la estructura social, “tipos ideales” con los que se construyen categorías sujetas a interpretación. Su identificación requiere distinguir prácticas, comportamientos, percepciones e identidades por medio de la observación y otros instrumentos etnográficos. Sin embargo, como en todo escenario donde se escenifican dramas o fiestas, existen reglas y códigos que refieren a las formas como asumen las prácticas sociales, en forma de rutinas, patrones y normas que obedecen a una lógica y sentido, donde expresan formas simbólicas, códigos y hábitos (Bourdieu), que aportan un principio de clasificación para el análisis de la cultura urbana.

Paisaje y lugar

Desde otra óptica, el paisaje puede caracterizarse también como un lugar, porque él condensa y relaciona las vivencias y costumbres sociales de los grupos o sectores populares con su entorno e historia, sin embargo, el paisaje como lugar permite vitalizar las redes identitarias asociadas integrándolas bajo un mismo sistema de relaciones (simbólicas), códigos y espacio diferenciados, “pues producir-realizar un lugar es singularizar el espacio, recortarlo con “emosignificacio-

nes”, practicarlo, nominarlo, demarcarlo, delimitarlo, quererlo u odiarlo” (Abilio: 31). Sin embargo, el lugar para trascender, debe ser significativo, simbólico y estético, es decir, imaginario, además de pragmático o funcional” (Abilio: 35). Como se señala el lugar, es un espacio más complejo por las relaciones que entabla y condensa que la mera percepción física o estética del entorno.

Los paisajes se inscriben como lugares a partir del momento en que el espacio urbano se transforma en algo significativo o representativo de un sector, dado que en él se vierten las emociones y contradicciones de la vida cotidiana, funge como un dispositivo que genera diversa dinámicas, ambientes y atmósferas y es síntesis de los dramas de la ciudad, un “refugio” donde los códigos y reglas hacen frente a la ciudad dispersa y fragmentaria.

La modificación de los usos y de las prácticas asociadas a estos lugares, por este efecto, generan nuevas dinámicas y procesos de apropiación diferenciadas que permiten la resignificación espacial del lugar, alrededor del cual se recrean nuevos entornos urbanizados y ambientes culturales, no exentos de los conflictos sociales que dicha actividad incita.

Por otro lado, algunos de los factores causales que permiten la construcción o deconstrucción del paisaje-lugar, están relacionados no sólo con los diversos procesos que la globalización y la posmodernidad han desarrollado, sino como modelos universales que reorganizan y luchan por homogenizar el territorio y los lugares, modificando las relaciones entre la percepción, la imagen y los paisajes tradicionales surgidos de la primera modernidad.

Paisaje e identidad

La movilidad social y la introducción de nuevos valores asociados a la nueva modernidad han generado cambios



Calle Madero.



Calle Madero.

conductuales y fragmentaciones culturales en las ideas que hasta el momento se tenían respecto a la condición identitaria. Actualmente los paisajes urbanos han comenzado a valorarse como factor de identidad urbana (local, regional) ante la pérdida de referentes patrimoniales y simbólicos (tradicionales) de la misma ciudad actual.

Los antiguos bloques identitarios (tradicionales) de la primera modernidad, que estilaban formas de vida y relación social particular, han perdido lentamente su capacidad de cohesión política y cultural entre la sociedad y, en su lugar, aparecen fragmentos identitarios disgregados que han desbordado los núcleos originarios y organizativos que les dieron expresión. Hoy tenemos múltiples formas y una diversidad amplia de procesos identitarios con numerosos espacios y lugares específicos dispersos en la ciudad que albergan e identifican a grupos con códigos y representaciones particulares. Causalmente, el efecto globalizador generado en la economía mundial ha producido un fenómeno de hiperdiferenciación, que implica, según Giménez, “el desarrollo de una fantástica variedad de formas culturales sin que ninguna de ellas predomine o presuma ser de mayor jerarquía” (2005: 22). Las antiguas instituciones, siguiendo esta idea, se han desarticulado por conflictos o decisiones colectivas en múltiples núcleos, cada una con su singularidad cultural.

Este proceso viene acompañado, a su vez, de una fragmentación cultural “que ha conducido finalmente a la desdiferenciación”, es decir, proceso donde “se borra la distinción entre diferentes formas de cultura, en particular entre alta cultura y cultura popular, por lo que la cultura alta ha dejado de ser la única cultura legítima. Sin embargo, y pese a la hiperdiferenciación cultural, la identidad responde también a procesos de autoidentificación y diferenciación social, un

elemento vital de la vida social hasta el punto de que sin ella es imposible interactuar” (Giménez, 2005: 22).

La identidad está relacionada no solamente con las formas de solidaridad territorial, sino con una diversidad amplia de códigos y formas simbólicas, con las maneras como la sociedad se apropia y da sentido al territorio para convertirlo en un lugar o paisaje, transfiriendo formas de vida, lenguajes y memorias que enaltecen los lugares, revalorándolos. Pero también la identidad es resultado de prácticas y movimientos colectivos como lo afirma Melucchi en su texto.

La identidad y los paisajes son construcciones sociales e históricas que refieren a las formas como el sujeto se relaciona e identifica con su medio, por tanto cada paisaje no representa solo una particularidad sino también una unidad diferenciada de análisis, pues no existe paisaje único o idéntico, ni una sola identidad social o cultural que no refieran a un elemento material o simbólico distintivo, donde se exprese una forma de ver el mundo. El paisaje refuerza valores, prácticas e imaginarios y tiene un efecto en las conductas y en los procesos de apropiación territorial, convirtiéndose en una identidad socioterritorial, significativa.

Paisaje y cultura como proceso socialmente construido

Si el paisaje urbano es una construcción y la cultura resultado de las formas como el sujeto crea y produce sentido a su relación con el mundo, los paisajes son núcleos culturales que marcan específicamente relaciones sociales que se materializan en determinadas prácticas y reglas, donde producen y reproducen elementos identitarios que giran alrededor de los símbolos que el mismo paisaje expone al observador.

Sin embargo, y a pesar de que la misma cultura ha sufrido cambios en la percepción original, la cultura posee un nú-

...el paisaje (cultural) convertido en patrimonio es un lugar que se caracteriza como un espacio simbólico para la convivencia social, el refrendo de valores y la lealtad a los símbolos y emblemas, una especie de hábitos.

cleo duro que funge como referente para otras formas identitarias más dispersas. En este texto consideramos a la cultura, no en la acepción descriptiva de Taylor (xix), sino como ha sido considerada por Gertz (2001), es decir, como el "patrón de significados incorporados a las formas simbólicas[...] en virtud de las cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias" (Thompson: 197). En este sentido, los paisajes urbanos son formas simbólicas de relación que generan grados, seguridad, un sentido de pertenencia urbana y socioterritorial.

Finalmente, el paisaje (cultural) convertido en patrimonio es un lugar que se caracteriza como un espacio simbólico para la convivencia social, el refrendo de valores y la lealtad a los símbolos y emblemas, una especie de hábitos.

Los paisajes, al ser considerados como lugares que poseen lenguajes y atmósferas, que se construyen bajo la interacción y la confluencia de diversos grupos y actores, quienes de manera temporal y regular animan la reproducción de los símbolos de pertenencia sociocultural, en forma diferenciada (fiestas, ritos y onomásticos). Por tanto, lo popular no es una expresión o una amalgama amorfa y homogénea de actores con la misma representación, sino un refrendo diferenciado de valores y práctica, pues cada grupo construye sus vínculos sociales e imaginarios a partir de su condición social y sus trayectorias festivas de manera distintiva y distanciada. Entonces, la identidad es un constructo socioterritorial que se convierte no sólo en un mero acto de confirmación y de lealtad, sino en un acto protocolario donde se exponen, discurren y circulan sentidos, reglas y prácticas sociales.

Conclusión

A nivel microsocioal, los paisajes, como parte de un territorio más amplio y complejo, son representaciones culturales que se identifican con historias, prácticas, transformaciones y alteraciones urbanas significativas que dejan huellas en la memoria y el imaginario colectivo, básicamente porque es-

tas alteraciones irrumpen el escenario colectivo tradicional y lo diluyen con la formación de nuevos paisajes.

Los paisajes vistos desde adentro son el resultado de múltiples procesos y dinámicas que no culminan sólo en la simple contemplación y percepción estética. El paisaje abre, evoca, connota y anima tiempos porque trae al presente el recuerdo y la imaginación pasados; es un espacio de convivencia y experiencia intergeneracional que se reproduce a partir de las prácticas y de los procesos de apropiación simbólica por el auspiciado.

En este mismo nivel (micro), el paisaje se presenta como un espacio heterogéneo, múltiple, fragmentado y diferenciado con diversas escalas, niveles, dimensiones y con dinámicas socioeconómicas y culturales que favorecen la producción y reproducción de microambientes locales diversos con lenguajes sonoros particulares que se alían a los nuevos diseños, formas y arquitecturas del lugar.

Finalmente, desde la perspectiva macro, el paisaje es un territorio fragmentado y subdividido, heterogéneo y diverso que se habilita temporalmente como un lugar emotivo inserto en ambientes y dramas de significación y apropiación urbana ☺

Fuentes de consulta:

- Adame Cerón, Miguel Ángel (2011). *Antropología de los encuentros y de los impactos del turismo en las comunidades*, Ed. Navarra, México.
- Aguado Vázquez, José Carlos (2004). *Cuerpo humano e imagen corporal. Notas para una antropología de la corporeidad*. IIA-UNAM-F. Medicina, México.
- Ascanio, Alfredo (2010). *El objeto del turismo. ¿Una posible ciencia social de los viajes?* Revista PASOS, vol. 8, Venezuela.
- B. Thompson; John (1993). *Ideología y cultura moderna. Teoría social en la era de la comunicación de masas*. UAM, México.
- Barabás M., Alicia (2009). *El estudio del espacio por las ciencias sociales: geografía, interdisciplinariedad y compromiso*. Colegio de Michoacán. 31 Coloquio de Antropología e Historia regionales (Zamora, Mich. 21-23 de octubre de 2009).
- Choay Françoise (2007). *Alegoría del Patrimonio*. Gustavo Gili, España.
- Cirese Alberto, Mario (1979). "Ensayo sobre las culturas subalternas". : *Cuadernos de la CASA CHATA*, no. 24 CIESAS, México.



Hemisclio a Juárez.

Delgado Manuel (2006). "sobre antropología, patrimonio y espacio público". Entrevista realizada por: Marcelo Godoy, Francisca Poblete. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, No. 10, Valdivia. En: http://mingaonline.uach.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-17952006000100004&lng=es&nrm=iso&tlang=es

Fernández de Lara, Carmina; Benítez Barranco A. Enrique (2009) . *El territorio como patrimonio, condición sine quo non, para su conservación*, BUAP, México.

Genis, José (s/a). *El patrimonio cultural de México y su defensa*, en: http://www.uom.edu.mx/rev_trabajadores/pdf/55/55_Jose_Genis.pdf

Gertz, Clifford (2001). "El impacto del concepto de Cultura en el concepto de hombre". En: *La interpretación de las culturas*. GEDISA. Barcelona.

Giménez Gilberto, Montiel (2005). *Teoría y análisis de la cultura*, capítulo 4. Conaculta-ICOCULT México.

---(2006). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*, en <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/articulos/gimenez.pdf>

Iwaniszewski Stanislaw, Vigliani Silvina (Coord). (2011). "El Paisaje como relación". En: *identidad, paisaje y patrimonio*. Dirección Estudios Históricos-ENAH-Conaculta. México.

Mantecón, Ana Rosas (2005). "Las disputas por el patrimonio. Transformaciones analíticas y contextuales de la problemática patrimonial en México" Coord. En: Canclini Néstor, *La antropología urbana en México*. UAM-Conaculta-FCE. México.

Margulis, Mario (2002). *La ciudad y sus signos*. Estudios sociológicos, Vol. XX, núm. 3. Colegio de México, Ac. México, DF.

Melucci, Alberto. (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Colmex, México.

Revista electrónica Nueva Antropología y Arqueología (NA y A).

http://www.naya.org.ar/turismo/definicion_turismo_cultural.htm

Paz Arellano, Pedro (1999) El otro significado de un monumento histórico. Conaculta-INAH. México.

Tena, Ricardo Antonio (2007). *Ciudad, cultura y Urbanización socio-cultural*. IPN-PLAZA Y VALDES.

Vergara, Abilio Figueroa (2013). *Etnografía de los lugares*. ENAH-INAH-NAVARRA. México.

Vigliani, Silvina Iwaniszewski, Stanislaw (2011). Paisaje como seguridad ontológica. En: *identidad, paisaje y patrimonio*. Dirección Estudios Históricos-ENAH-Conaculta. México.

***Datos del autor:**

Profesor investigador de la ESIA Tecamachalco
antropfheredia@hotmail.com